

[131]

LA FE SEGÚN EL NUEVO TESTAMENTO

Una realización nueva de la vida y de la historia

Luis F. Rivera

La palabra fe evoca inconscientemente y por confrontación otra que pretende dilucidarla y caracterizarla: ciencia. Y así procedemos metódicamente dentro de una teología sistemática dualista, racionalmente esclarecedora pero irreal, lógica pero fría. La fe religiosa —y en particular la bíblica— es ciencia en el sentido que supone conocimiento, no racional ni teórico, sino de realizaciones y eventos comprometedores para la vida del hombre en su vocación creacional e histórica. Si la ciencia trabajando con datos empíricos aislados se detiene ante el límite infranqueable de lo trascendente, la fe percibe e intuye el sentido profundo de los hechos, irreducible a fórmulas de precisión o a cálculos de aproximación. Ambas a dos trabajan por el mismo objeto: la realidad toda del orden creado en su dinamismo de progreso y superación. Pero la fe supera al dato perceptible y gana la carrera a la ciencia. Tanto más cierto resulta esto cuanto más evidente se hace hoy la condición progresiva y evolutiva de la realidad cósmica; no estática, fijista o esencialista.

La fe, por otra parte, no coloca en la duda e inseguridad. Todo lo contrario. Si se respeta el sentido semita de la palabra, creer significa asegurarse y afirmarse: quien cree construye sobre el fundamento sólido e incommovible de la Roca; quien cree se asegura, no en un orden contingente y variable, sino en Dios mismo. De ahí el juego de palabras de la pluma privilegiada de Isaías: “Si no tenéis confianza [firmeza] no seréis afirmados” (Is 7, 9). De la misma raíz también el reforzado “Amén” de la liturgia del templo como corroboración y compromiso a un acto salvador de Dios en la historia.

1. Evangelio y Fe

Marcos había inaugurado el género literario *evangélico* con el fin de presentar a Jesús, Mesías e Hijo de Dios (Mc 1,1). Juan

[132] cerrando el ciclo de los evangelios canónicos indicará el mismo propósito: “Esto ha sido escrito para que creáis que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios y creyendo tengáis vida en su nombre” (J 20,31). Ante esta propuesta la fe del hombre tiene ahora contenido, alcance y sentido. Si para salvar al hombre, Dios juega todo en el acontecimiento personal histórico de Cristo, la prolongación de esa salvación y su marcha de conquista a través de la historia se verá condicionada por la acogida de fe de parte del hombre. Si Dios da un sentido nuevo a todas las cosas y abre el camino para que la humanidad oriente sus pasos hacia la verdadera libertad, el hombre, por la fe en este acontecimiento concreto, seguirá transformando la vida y la historia. La fe, por lo tanto, es el sentido nuevo del hombre y de la creación.

1. La intención de MARCOS al escribir su evangelio es clara. Ante el evento de Dios en Cristo el hombre debe convertirse, hablando negativamente, debe dar las espaldas a toda otra esperanza de salvación que de hecho aboca en el pecado. El sentido positivo de esta conversión es “creer en el evangelio”. El título programático de Mc 1,1 presenta el objeto insólito —al margen de todo cálculo humano— de esta fe. Jesús es el Mesías significa que la liberación en definitiva se colocará no en el trono de un rey poderoso ni en las garantías de un orden establecido —aun religioso—, sino en una misión que tiene como punto de partida un acto de solidaridad con lo humano, lo caduco y hasta lo pecaminoso. Todo otro paso será traspies. Sobre esta solidaridad personalmente asumida Dios pronuncia las palabras: “Tú eres mi Hijo amado, en ti me complazco” (1,11). He aquí el sentido profundo de la escena introductoria sobre el bautismo de Jesús. En una palabra, la fe tiene como primer paso la aceptación de un Mesías siervo de los hombres y en especial de los pecadores, en una misión garantizada por la plenitud del Espíritu. Ahora toda la esperanza de liberación se centra en Cristo porque él desata un duelo que culminará con la derrota de toda fuerza esclavizante. El miedo cede lugar a la Fe. Es así como el reinado de Dios ya se está introduciendo. Ante la aparición soberana de este Mesías caducan las otras esperanzas religiosas de salvación: ni el ayuno o el día de culto (2,18-27), ni la veneranda tradición de los antepasados (7,1-13).

Un mesianismo de este tipo que apunta a la liberación radical del hombre no se contenta con conquistas parciales sino, al contrario, avanza hasta la asunción total del orden humano y creacional. Pero el método no invita fácilmente a seguimiento, es decir, a la aceptación por la fe. En la segunda parte de Marcos (8,31) se presenta justamente esta exigencia radical de Cristo a un destino de sufrimiento y muerte. “Es necesario” abrazar la cruz o cualquier prestación de servicio. “Es necesario que la vida cristiana sea de nuevo esclavitud voluntaria de los que tuvieron experiencia de libertad para recuperar y res-

[133] catar a los sometidos y alienados. El relato de la “transformación” de Jesús — metamorfosis literalmente—, anticipación de su gloria, quiere dejar bien en claro la necesidad de una vida de servicio hasta la muerte para lograr el triunfo, la liberación y la gloria. En circunstancias en que Jesús habla de este destino y propone las condiciones del seguimiento, la voz de la nube ordena: “a él escuchadle” (9,7), con otras palabras, exige una adhesión de fe. Por la fe en este Cristo llamado “el hijo del hombre” antes de su glorificación, el creyente se hace omnipotente a la par de Dios: “Todo es posible para Dios” (10,27) pero también “todo es posible para el que cree” (9,23). Al que pide garantías no se le dará ninguna señal (8,12) al margen del cuadro desolador de la cruz (15,32).

En resumen, en Marcos la fe es seguimiento de un Mesías siervo; obediencia a un destino de inmolación y muerte. La cruz es el hecho que libera a la humanidad e inaugura una nueva alianza, por lo tanto, desgarrar el lazo de seguridades provisorias e imperfectas (15,37).

2. Sobre esta base evangélica de Marcos se yergue LUCAS en una elaboración literaria más cuidadosa y refinada. Desde el principio hasta el fin el evangelio tiene por objeto al “Hijo de Dios”: el evento-Jesús es ahora la suprema aspiración humana como condición insuperable de ser hijos de Dios. En una sección particular que podría llevar de título “Revelación pública del Hijo de Dios” (7,1-9,50), Lc insiste en este acontecimiento. El hecho tiene lugar después de la predicación del Bautista, de ahí el panegírico al Precursor en 7,24-35. La fe en el Hijo de Dios se eleva sobre la fe en un simple profeta (7,11-17) y está en contraste con el ventajismo fariseo (7,1-10). Creer significa abrirse a una palabra —semilla y lámpara a la vez— capaz de establecer entre los hombres lazos más íntimos que los mismos vínculos de la sangre (8,19-21; cf 8,1-3). Ahora bien, esta Palabra, a la par que Marcos, obra con poder e invita a la misión. Si Pedro confiesa al Mesías sólo da un primer paso (9,20); en adelante podrá aceptar el destino sombrío de muerte del hijo del hombre (9,22). Así el evangelio de Lucas, previa esta fe en el Hijo de Dios, se pone de camino en la historia para provocar el advenimiento del reinado de Dios. Este es el sentido profundo del gran viaje lucano a través de diez capítulos (9,51-19,27). Al final de su evangelio el autor vuelve insistentemente al tema de la pasión y muerte. Aquí está la nota dominante de la sección de apariciones del resucitado. Es necesario dejar bien asentado lo inevitable de la pasión antes de la resurrección: así a las mujeres (24,7), a los discípulos de Emaús (24,25-27) y a todos los Apóstoles (24,44-48). Creer en el evangelio, significa tener el mismo criterio de vida y la misma esperanza. Creer en el evangelio es entender así todas las escrituras —todas las aspiraciones

[134] religiosas y humanas— llegadas en Cristo a cumplimiento y plenitud.

3. Si bien la predicación de Jesús en su contenido propio fue ya un tema aprovechado por Lucas, es en MATEO donde la agrupación de toda la doctrina en cinco grandes discursos estructura todo el evangelio. El evangelio de Jesús recibe ahora una elaboración precisa en el llamado “Sermón de la montaña” (5-7), que podríamos caracterizar mejor como “Evangelio de la Justicia de Dios”. Aquí se designa a los justos (5,3-16), se aclaran los términos ley y justicia en su reciprocidad histórica (5, 17-48), se ilustra la práctica de la nueva justicia (6,1-18) y, finalmente, se propone el sentido de justicia como verdadera riqueza (6,19-7,11). En este contexto, tener fe y creer no es otra cosa que edificar sobre estas bases un edificio que, como sobre roca, resistirá los embates del mal (7,24-27). Este es el camino que conduce a la vida (7,13-14) y contra el cual luchan los falsos profetas (7,15-20); los que realizan este ideal serán los verdaderos discípulos de Cristo (7,2 1-23).

A partir de esta proclama programática los discípulos difundirán gratuitamente el *shalom* en un contexto histórico de incompreensión y persecución a semejanza del Maestro pero sin ser amedrentados (10). La fe triunfa sobre el miedo y hace crecer el germen de la Palabra entre la maleza y escoria de mucha humanidad (13,31-32) pero con la eficacia transformante de la levadura para engrandecerse sin limites. Creer en el evangelio significa descubrir este tesoro, valorar esta perla hasta el día de la discriminación final de la historia (13). La práctica de la justicia se hará dentro de una Iglesia que salva a los pequeños, perdona a los pecadores (18) y tiene como norma colocarse en el último lugar (19,1-20,16). Dentro de este planteamiento Mt es consecuente al diagnosticar en los falsos profetas la mayor amenaza de la Iglesia (24,4-28) y al establecer como decisivo para el destino del hombre una fe que descubre en la presencia ingrata de pequeños, golpeados y marginados, la presencia misma de Cristo (25,31-46).

4. La elaboración de la fe llega a una formulación perfecta en el evangelio de JUAN. La salvación que se lleva a cabo en Jesús se concibe ahora en términos de Palabra encarnada. La postura correlativa del hombre es necesariamente de escuchar o creer. La fe hace que el creyente tenga vida en el nombre de Cristo (20,31). En el contexto del evangelio, el que cree nace de lo alto (3,18-21) para poseer ya la vida eterna. Efectivamente, una frase frecuente de Juan es esta: “Todo el que cree tiene la vida eterna” (3,15.36; 5,24; 6,40). Se trata, pues, de una fe que resucita a los muertos ahora, en la hora de la resurrección (5, 24-30), en Cristo pan de vida (6,34-51). Pero esta fe toca la misma profundidad de Dios en Cristo para dar razón de la presen-

[135] cia de la vida, de la verdad, de la luz: “Si no creéis que Yo Soy, moriréis en vuestros pecados” (8,24; cf 13,19). La séptima “señal” que Jesús realiza en el evangelio, la resurrección de Lázaro, corresponde a la doctrina del primer discurso sobre la hora de la resurrección (5,19-47): “Yo soy la resurrección y la vida. El que cree en mí aunque muera vivirá y todo el que vive y cree en mí no morirá jamás. ¿Crees esto?” (11,25 s). La fe de Marta es precisamente en el Mesías y en el Hijo de Dios prometido (11,27). La última Pascua de Jesús es la realización de su obra (12,23-32) y al mismo tiempo el momento de la fe o de la incredulidad, como respuesta a la misma por parte del hombre (12,37.42). El que cree que Jesús es “el camino, la verdad y la vida” (14,6) permanece en él como el sarmiento en la vid. Este “permanecer” en Jesús puede dar cuenta, en la terminología de Juan, de todo el alcance vital y salvífico de la fe. A esta respuesta del hombre, Jesús promete la donación del Paráclito (15,16; 16,7.11.13). Marcos había afirmado que todo es posible para el que cree, Juan acota: “Yo os aseguro que el que cree en mí hará él también las obras que yo hago y las hará mayores aún, porque yo voy al Padre” (14,12).

Completando el pensamiento de Juan en base a sus epístolas, la fe muestra en Jesús al Hijo de Dios para descubrir en el misterio de su muerte y resurrección la esencia divina: “Dios es amor” (1 J 4,8.16). Por este descubrimiento la fe determina la vida cristiana a la práctica del amor. Por esta razón y en un contexto donde se habla del amor a Dios y al prójimo como cumplimiento de los mandamientos, Juan es coherente consigo mismo al reducirlo todo a la fe: “Esta es la victoria que triunfa sobre el mundo: nuestra fe” (1 J 5,4).

Conclusión

De acuerdo a los evangelios la fe es el reconocimiento en Jesús del designio salvador de Dios en la historia; todavía más, la fe es la aceptación de la realidad de Dios presente en Cristo para reeditarla como vocación en el mismo sentido del “hijo del hombre”. Por eso la fe es compromiso en el seguimiento de Cristo en una vida de servicio para liberar de la servidumbre a los esclavizados por el pecado (Mc); es adhesión plena al “Hijo de Dios” para movilizar al mundo en una marcha hacia el destino de hermandad de la nueva familia de Dios (Lc). Fe es ser verdadero discípulo de un maestro que aventaja a Moisés y proclama un programa que cambia el sentido de la vida y de la historia (Mt). La fe ahora desbarata los cálculos humanos, trastorna el orden establecido, echa por tierra las garantías conquistadas: “Si no os hacéis como pequeños...” Finalmente la fe hace posible que una humanidad muerta en el pecado, en la

[136] angustia y en la esclavitud, resucite para vivir una vida que no se pierde más (J). Esta fe hace participar en la “hora” de Jesús: “Ahora es el juicio de este mundo; ahora el príncipe de este mundo será echado abajo. Cuando yo seré levantado de la tierra atraeré a todos hacia mí” (J 12,31s).

II. La fe en la reflexión cristiana: desarrollo y sistematización

La fe en los evangelios tuvo por objeto a Cristo como acontecimiento de la salvación de Dios operante ahora, como compromiso que arrastra a una misión semejante para continuar estableciendo el *kairós* o la “hora” de la liberación.

1. SANTIAGO, modelo de sabiduría cristiana, se coloca en la línea tradicional de Mateo. Los pobres de esta epístola son el campo donde se ejercita la fe. El que tiene fe no hace escala de valores u orden de precedencia para honrar a unos y pasar por alto a otros (2,1.4). Para que no quede lugar a dudas —y si cabe la distinción entre fe y seguimiento, entre fe y obras— la fe cristiana debe comprometerse en hechos para hacerse historia personal. El autor de la epístola no se cansa en repetir que la fe sin obras está realmente muerta (2,17.20.26). Esta fe como respuesta a una Palabra de verdad que nos engendra (1,18) ordena la vida a la práctica de la sabiduría cristiana —Mateo había hablado de la justicia de Dios— reducida a su mínima expresión no en un concepto o en un principio sino en la práctica de la mansedumbre (3,13). Y aquí volvemos a la bienaventuranza de los mansos de Mateo. La fe que resuelve de esta manera una vida de prueba y tentación, arma al cristiano de paciencia para triunfar en el último combate: la venida del Señor está cerca (5,7-11).

2. Este mismo es el planteo de las primeras epístolas de Pablo con destino a los cristianos de TESALÓNICA. Ahora la “exhortación” del evangelio —exhortación como comunicación de fuerza renovadora y transformante— conduce a una vida en la que el cristiano se arma “con la coraza de la fe y de la caridad y el yelmo de la esperanza de salvación” (1 Tes 5,8; cf 1,3 y 3,6). También aquí se cierne en horizonte la venida del Señor (1 Tes 4,15; 2 Tes 2,2). Pero mientras tanto el poder irresistible del evangelio, asimilado, vivido y valorado por la fe, hace que la vida cristiana respire una atmósfera jubilosa de reconocimiento y gratitud (1 Tes 2,13).

3. La problemática comunidad de CORINTO había requerido una enérgica intervención del Apóstol en su organización inconsecuente de vida. Pero antes de tratar casos particulares, Pablo por primera vez caracteriza a la fe cristiana como necesidad; necesidad no tanto como ignorancia o error cuanto como carencia

[137] de criterio práctico para vivir bien, progresar y triunfar en la vida. El evangelio, reducido ahora a la predicación de la cruz, es necesidad, pero para el que se pierde; “mas para los que se salvan, para nosotros, es fuerza de Dios” (1 Cor 1,18) porque a Cristo Jesús “Dios hizo para nosotros sabiduría, justicia, santificación y redención” (1 Cor 1,30). Supuesta esta aceptación del misterio de Cristo crucificado, nos despojamos del hombre natural, que no capta las cosas del Espíritu de Dios, y nos transformamos en el hombre *pneumatikos*, haciéndonos portadores del Espíritu que juzga este mundo (1 Cor 2,15).

La SEGUNDA epístola a los Corintios usa sólo en un versículo el verbo creer. El tema del ministerio apostólico desarrollado con ocasión del viaje de Pablo (1,12-7,16), tiene, como nueva alianza, las características de ser un ministerio glorioso del Espíritu (3,4-11) y por eso de fuerza (3,12-18). Por la fe Pablo no desfallece en una situación en la que el evangelio todavía está velado (4,3-6) y la dialéctica inevitable es tribulación-consolación (4,7-12): “Poseyendo aquel Espíritu de fe, como dice la Escritura: Creí, por eso hablé, también nosotros creemos, y por eso hablamos, sabiendo que quien resucitó al Señor Jesús, también nos resucitará con Jesús y nos presentará ante él juntamente con vosotros” (4,13s).

4. En la epístola dedicada a los cristianos de GALACIA Pablo deja resumir en una sola frase todo su evangelio: La justificación por la fe, no por las obras (2,15-6,10). La fe se ubica aquí, por primera vez, en los orígenes de la historia de salvación: Abraham justificado por la fe y no por una ley, todavía inexistente; más aun, una ley que no está en función a la justificación —al. menos históricamente— sino en razón de las transgresiones (3,19) como mera institutriz (3,23-29). Hay aquí una frase lapidaria redactada en forma categórica que dice así: “Pero de hecho, la Escritura encerró a todos bajo el pecado a fin de que la Promesa fuera otorgada a los creyentes mediante la fe en Jesucristo (3,22). Esta promesa tiene lugar en la plenitud de los tiempos con la consecuencia de hacernos partícipes por la fe de la filiación del Hijo (4,4-7).

Pero hay que agregar otro aspecto sumamente importante y novedoso de esta epístola. Esta sección que denominamos “justificación por la fe, no por las obras” aduce, después de Abraham, el tema de Sara y la libertad (4,21-6,10). Esto significa que la fe exige la libertad desatando históricamente un proceso de liberación. La fe es condición para recibir la promesa de la filiación divina y esta filiación ya vivida es realización máxima de la libertad. Por eso que Pablo se detenga aquí ex professo en el tema de la libertad cristiana. En resumen, el orden establecido ahora se altera “porque en Cristo Jesús ni la circuncisión ni la incircuncisión tienen valor, sino sólo la fe que actúa por la caridad” (5,6).

[138]

5. Sobre estos pilares levantados en Gálatas, Pablo remata y construye su doctrina hasta los últimos toques en la epístola a los ROMANOS. Aquí será más completo y cuidadoso en dilucidar sus conceptos. El evangelio “es una fuerza de Dios para la salvación de todo el que cree”, dicho de otra manera, “en él se revela la justicia de Dios de fe en fe” (1,16.17). Se distinguen, por lo tanto, dos tiempos: el de Dios que justifica y salva, y el del hombre que por la fe hace efectiva esa justicia y salvación. Con demasiada frecuencia y exageración se piensa de la fe como de un don gratuito recibido casi en forma pasiva. La fe, en cambio, se coloca enteramente de parte del hombre como respuesta: es su decisión y elección. La fe como gracia no se niega a nadie. El hecho de que Dios realice históricamente la salvación de los hombres es índice evidente de una voluntad positiva de que todos puedan creer y crear. Supuesto todo esto como enteramente normal en el plan de Dios, el acto de fe dependerá enteramente del hombre como acto libre y responsable.

La fe para Pablo es la actitud nueva del hombre, necesaria para dar cabida en su vida a la salvación de Dios realizada en Cristo. Pero antes de entrar en tema el Apóstol se introduce bosquejando una etapa histórica que podríamos denominar de “no justicia” y “no salvación” (1,18-3,20). Todo lleva a la dolorosa verificación de que “tanto judíos como griegos todos están bajo el pecado” (3,10). A continuación se inaugura el *kairós* cumplido —para permanecer— en el “ahora” de la nueva era (3,21.26). El acontecimiento tiene lugar en la redención de Cristo concebida como expiación (3,25). El hombre debe aceptar con fe este don porque es radicalmente incapaz de merecerlo: La justicia de Dios revelada en Jesucristo es gracia porque es gratuita (3,24). En este nuevo contexto es evidente que sólo por la fe la justicia divina se hace efectiva. De ahí la insistencia en el motivo “para el que cree” (1,16; 3,22.26; 10,4). Ahora cuadra en su lugar el ejemplo de Abraham conocido de la epístola a los Gálatas: su circuncisión es sello de una justificación por la fe (4,9-12); su fe —no el cumplimiento de una ley inexistente— merece la promesa de un don gratuito (4,13-17). Esta es la fe que poéticamente enaltece David en Abraham (4,1-8); esta es la fe que en su máxima expresión llega a esperar contra toda esperanza (4,18-25); esta es la fe que ahora se exige como condición para la justificación cristiana. Todo el ministerio de Pablo tiene como meta esta gran finalidad: que la proclamación del evangelio a los gentiles -por la que Pablo se hace “liturgo” de un acto “sacerdotal”- obtenga la obediencia de fe de los gentiles (14,16-18).

6. - La epístola a los FILIPENSES puede hacer como de puente entre las grandes epístolas paulinas y las llamadas de la cautividad. Si en las epístolas a los Tesalonicenses el acontecimiento del evangelio determinó un clima de acción de gracias,

[139] ahora, en la epístola a los Filipenses, la atmósfera es de alegría exultante. A los filipenses fue concedida la gracia de que por Cristo no sólo crean sino también padezcan (1,29). Supuesta la fe y la visión de fe del mundo y de la historia, el autor se centra en el misterio central de la redención como transformación: de Cristo (2,6-11), de Pablo (3,9.10) y de los cristianos (3,20.21). Esta transformación de la vida tiene el alcance de verdadera liturgia (2,17;3,9) y sólo por la fe el cristiano puede revivir, en el lenguaje de la epístola, “los mismos sentimientos” de Cristo Jesús en una vida de humildad (2,3), así como Cristo se humilló hasta la muerte de cruz (2,8). Es la sabiduría de la mansedumbre de Santiago y la bienaventuranza de los pobres y mansos de Mateo, pero dentro de otro vocabulario y de otra perspectiva cristiana.

7. Otro es el ambiente cultural (*Sitz im Leben*) al que nos introduce la epístola a los COLOSENSES. El evangelio, misterio de Dios (2,3) es Cristo como “plenitud” de la divinidad (1,19; 2,9): sólo él es imagen del Dios invisible, primogénito de la creación y cabeza del cuerpo la Iglesia (1,15.18). La fe tiene su importancia en la que podríamos considerar la primera gran sección de la epístola (1,15-2,23). Efectivamente el sustantivo no aparecerá en adelante. La fe es como el cimiento en el que se apoya la vida cristiana (1,23; 2,6s) y cuyo signo constituye el bautismo (2,12). La fe es la aceptación de la “plenitud” de la divinidad que por Cristo viene a su cuerpo la Iglesia. Negativamente, la fe rechaza todo otro principio de salvación —así como la ley y las obras de la ley de las grandes epístolas paulinas—, en particular, “la filosofía y la vacía falacia” (2,8) que da importancia a los “elementos del mundo”. Por “elementos del mundo” se entienden las fiestas litúrgicas, las mortificaciones y el culto a los ángeles: todo esto, o es sombra de la realidad del cuerpo de Cristo o no ayuda; tales prácticas llevan a una apariencia de sabiduría y a un culto afectado (2,16-18.23). Los cristianos hemos muerto con Cristo a los “elementos del mundo” (2, 20).

Supuesta esta fe inicial, como respuesta humana y como concepción del hombre y del cosmos, el autor puede ahora desarrollar el tema bautismal de la mortificación, del “despojarse” y “revestirse” (3,1-4,6) para mantener la unión con la cabeza y crecer. Con otras palabras, ahora la fe tiene que ser operante (3,12-15; cf 2,19).

La epístola a los EFESIOS va a construir y dar remate al pensamiento cristiano ya esbozado en Colosenses. La vida cristiana se define en la práctica como fe y caridad. La fe lleva a la caridad y esta vive de aquélla. La fe es la opción necesaria para recibir el misterio de Cristo “plenitud” de Dios que ahora se hace misterio y plenitud en la Iglesia (1,22 s). De este misterio se puede hablar en términos de Hombre Nuevo (2,15 8): tanto

[140] judíos como gentiles que antes habían sido “hijos de la cólera” (2,1.3). También ahora el ministerio de Pablo aparece mejor en su dimensión humana universal: se trata de un misterio escondido desde siglos pero que se anuncia en Cristo como riqueza inescrutable para que conste así la sabiduría multiforme de Dios mediante la Iglesia (3,8-11). Todo esto por la fe. Ahora el autor tiene ya preparado el terreno para exhortar y conjurar a la exigencia de la fe cristiana: el amor. La fe es conocimiento de la “verdad” que da la “justicia”; la fe es también escudo en la lucha contra el mal y en la campaña de llevar el evangelio de la paz a todos los pueblos (6,14-26).

Sin este desarrollo temático pero en el mismo contexto histórico, la epístola a FILEMÓN ve en la fe una participación eficiente, mediante el conocimiento perfecto, de todo bien que hay en nosotros en orden a Cristo (6).

8. Con la primera epístola a TIMOTEO estamos en plena actividad organizativa de la vida cristiana. La fe sigue indisolublemente ligada a la vida para darle contenido y sentido; ahora es respuesta a la “sana doctrina”, en contraposición a la vana palabrería sobre la ley o a la doctrina diabólica de los que niegan la verdad y apostatan (1,3-11 y 4,1-5). Remachando esta incompatibilidad, la enseñanza en la fe y en la piedad combate las fábulas y cuentos de viejas o las contiendas introducidas por lo que se dejan llevar del afán de dinero (4,6-10 y 6,3-13). Y dentro de este recuadro tenemos toda la articulación de la epístola antes de la exhortación final. La “palabra fiel” (*logos pistos*) es el objeto de la fe; y esta “palabra fiel” dice que Cristo vino al mundo para salvar a los pecadores ofreciéndose como rescate. Efectivamente Dios quiere así que todos los hombres se salven (1,15; 2,3-5). La “piedad” de Dios manifestada de esta manera como “misterio” (3,16) hará que en adelante toda la vida humana se conciba en términos de piedad.

La fundamentación de la epístola a TITO —contra las fábulas judaicas y de acuerdo a la “sana doctrina” (1,9.14)— no puede tener otro fundamento para una vida de sensatez, justicia y piedad que “la manifestación de la gracia salvadora de Dios a los hombres” (2,11s) o, más personalmente, la manifestación “de la bondad de Dios nuestro salvador y su amor a los hombres” que nos salva “según su misericordia por el baño de regeneración” (3,4s). A esta doctrina del “salvador” se rinde honras por una fe perfecta (2,10).

El misterio de piedad de la primera epístola a Timoteo ahora, en la SEGUNDA, aparece realizado en los fieles por una perfecta simbiosis con Cristo muerto y resucitado: esta es ahora la “palabra fiel” (2,11-13), o simplemente el evangelio como depósito que debe conservarse fielmente (1,8.10.12.14; 2,8.9). En la vida ordinaria se ha de tener como consigna el evitar las discusiones vanas, distribuir “fielmente” la verdad (2,14-18), apartarse

[141] de discusiones necias y hacer conocer la verdad plena (2,22-26); y en las circunstancias extraordinarias de los últimos días, el precaverse contra la apariencia de piedad (3,1-5). Efectivamente llegará un tiempo en que los hombres no soportarán la “doctrina sana” (4,1-4) pero deberán perseverar en la fe en medio de persecuciones (3,10-13) y beber de las fuentes auténticas de las Escrituras (3,14-17), y así dentro de esta persistente temática encontramos desmembrada y estructurada toda la epístola.

9. En la PRIMERA epístola de PEDRO, la fe, supuesto como punto de partida la proclamación evangélica de un Cristo que sufre derramando su sangre preciosa para luego resucitar de entre los muertos (1,2.11s.19; 3.18.21; 4,1s.13; 5,1), lleva como respuesta una vida de esperanza viva y paciencia. El lenguaje elocuente de la catequesis bautismal persuade ahora a esta condición de reengendrados para la incorruptibilidad (1,3.23; 2,2; 3,21) y la vida (3,7) por la fe en una palabra que ofrece la salvación (1,5.9). Y tanta es la fuerza de esta palabra acogida con fe, que a los mismos espíritus, otrora incrédulos (3,19s) y a los mismos muertos condenados según la carne (5,6), se imparte la vida.

10. Para la epístola a los HEBREOS el hecho trascendente de un Dios que habla ahora directamente por su Hijo “resplandor de su gloria e impronta de su esencia”, superior a los ángeles y a los sacerdotes de la antigua alianza (1,2.4), puede sólo por la fe recibir una respuesta, también en cierto modo trascendente. Esta es la doctrina perfecta de la justicia (5,14) o la doctrina capital (8,1): Cristo es Sumo Sacerdote al servicio de un verdadero santuario como mediador de una nueva alianza (8, 1.10-18); su sacrificio es tan perfecto que lo ofrece de una vez para siempre (10,1-18). y la manera de participar en esta obra del Sumo Sacerdote no puede ser otra que la “plenitud de fe” (10,22). Hay que precaverse contra la apostasía (10,26-31) y perseverar en la fe de acuerdo al ejemplo insigne de los antepasados que siempre “por la fe” triunfaron (11,1-40). Pero el cristiano además mantiene fija la mirada en “Jesús, iniciador y consumidor de nuestra fe” (12,2). La fe, en resumen, puede ahora ser definida —si es que en alguna parte queremos encontrar una definición—: es “la garantía de lo que se espera y la prueba de las realidades que no se ven” (11,1); tan decisiva como actitud humana y religiosa que “sin ella es imposible agradar a Dios” (11,6).

11. Es normal que la fe viva reactualice el mismo contenido de fe —a saber la salvación— y así se hable de la fe por su contenido (*fides quae creditur*). JUDAS realiza esta sinécdoque. La transmisión de la fe se hace de una vez para siempre (3.5); es necesario combatir enérgicamente por esta fe que es la común salvación (3) y estigmatizar a los impíos de los últimos tiempos que la pervierten (18).

[142]

12. Llama la atención la ausencia del motivo de la fe en la SEGUNDA epístola de PEDRO. Efectivamente, colocándose el autor en la perspectiva de la parusía inminente, no insiste tanto en la fe —el escuchar de la Biblia— para organizar toda una vida. A este respecto es llamativo la supresión de “a él escuchadle” cuando narra el episodio de la transfiguración (1,17). Ahora lo urgente es “conocer” la inminencia de los acontecimientos y el contenido trascendente de los mismos: He aquí “el conocimiento perfecto de nuestro Señor Jesucristo” (1,9) como Kyrios, Salvador, Juez, Dios y “Gloria” a secas (cf 2,10). La fe, por lo tanto, aboca en el conocimiento de la última etapa de la historia y de la creación en Cristo que las realiza anticipadamente.

13. Por esto es también normal que en APOCALIPSIS sólo en cuatro ocasiones se hable de fe. El verbo nunca ocurre. De por sí Apocalipsis significa “revelación” porque descifra el sentido de la historia a la luz del misterio de Cristo. Marcos ya había justificado su apocalipsis —proyección del misterio de Cristo en la historia de los pueblos y naciones— con la frase: “es necesario que antes sea proclamado el evangelio a todas las naciones” (Mc 13,10). El Apocalipsis es por lo tanto una poderosa presentación del fin como resultado de una opción de fe ya hecha, o por Cristo o contra Cristo. Ya no se trata tanto de una invitación a la conversión y de una organización cristiana de la vida en todos sus aspectos, cuanto de tener paciencia y perseverar en la crisis última de la historia como preparación a la última etapa salvadora: la asunción de los hombres y de las cosas en Dios en la Jerusalén celestial.

Conclusión

La fe supone que en la historia tuvo lugar un acontecimiento trascendente único. Este acontecimiento cambia sentido a la vida. Ahora la fe misma se hace respuesta trascendente al darle cabida histórica. La designación del tiempo como *kairós* indica esta plenitud, como “hora” circunscribe las circunstancias temporales de la muerte y resurrección de Jesús, como *ésjaton* proclama su carácter último y definitivo en la historia y en la creación. Como en los evangelios, el objeto de la fe de las grandes epístolas paulinas mantiene vivo su carácter de escándalo (1 Cor). Se trata crudamente de la cruz, necedad para el pensador y contradicción para el amante del orden establecido por la ley, pero sabiduría y fuerza de Dios para el que cree.

* * *

¿Cuáles son los aspectos de este objeto de fe, así como se propone en el Nuevo Testamento?

Cristo por una redención concebida como expiación es el instrumento de la gran reconciliación universal con Dios; su

[143] sangre, el vehículo de una vida nueva para todo el que cree y participa así de la filiación del Hijo (Romanos, Gálatas). Esta misma filiación participada se hace expresión y experiencia de la máxima liberación (Gálatas).

Todo este proceso de salvación, contemplado en el transfigurado a modo de transformación (metamorfosis), es objeto de una reflexión más profunda en la epístola a los Filipenses: Cristo desfila ante nosotros en su “forma” divina, en su “forma” de siervo hasta la muerte y en su “forma” de glorificado. Este proceso, previa aceptación de fe, definirá la espiritualidad cristiana como espiritualidad de transformación.

Cristo se presenta como “plenitud” de Dios y la Iglesia, por la fe en él, se hace también, ante los hombres, “plenitud” de Dios (Colosenses y Efesios); así revive de nuevo para la incorruptibilidad (1 Pedro).

Por su naturaleza y por las circunstancias en que se dio, la redención constituye un “misterio de piedad” (1 Timoteo, 2 Timoteo, Tito) en el que se evidencia la voluntad salvadora universal de Dios: ahora los pecadores son rescatados de su perdición. La aceptación por la fe determina la vida cristiana en el mismo sentido de piedad.

Empleando otro tipo de terminología, la obra de Cristo consumada en la cruz cumple las aspiraciones del sacerdocio y del culto: en adelante ya no es necesario ni un sacerdocio propiamente dicho ni una actividad cúllica en favor de los hombres. Cristo es Sumo Sacerdote para siempre que, por el sacrificio de sí mismo, funda una nueva alianza (Hebreos). Toda la fe del pasado llega ahora a culminación y perfección en el misterio del que muere para ser glorificado.

El “depósito”, que en su contenido de “verdadera doctrina” y “palabra fiel” debe también ser transmitido *fielmente*, se hace en Judas, por transposición, la misma fe dada de una vez para siempre.

Hasta ahora hemos visto aquello que determina el acto de fe: el misterio de la pasión-resurrección en sus diferentes aspectos y apreciaciones. Pasemos ahora al acto de fe en sí mismo.

La fe es la aceptación de la obra salvadora de Dios para que se haga salvación encarnada en mi propia vida; una fe también trascendente —y por eso propiamente la llamamos fe y no ciencia— al apropiarse su mismo objeto divino y trascendente. La fe es conocimiento de la verdad (Efesios), pero no de una verdad como ecuación abstracta sino como realización de un Dios histórico y personal para que el hombre y el mundo logren su verdadero objetivo. Por esto se insiste en el “conocimiento perfecto de nuestro Señor Jesucristo” (2 Pedro): su vida descifra el sentido de la vida y de la historia; su trayectoria es la trayectoria verdadera que la humanidad debe seguir en su vocación liberadora. La realización anticipada en Cristo del destino del hombre no sólo significa abrir brecha en la historia, sino conquistar el mis-

[144] mo Espíritu de Dios en favor de una humanidad que tiene que triunfar cumpliendo la misma misión. La fe hace participar de la *fuera* de Dios en el triunfo de Cristo. En este sentido “es garantía de lo que se espera y prueba de las realidades que no se ven” (Heb 11,1); “sin [esta] fe es imposible agradar a Dios” (ib. v. 8) porque la vida se coloca al margen de la “verdad” que Dios establece para el orden creado.

La respuesta o actitud cristiana de fe se esclarece, por contraposición, a otras respuestas y actitudes. En primer término la fe se contrapone a las obras (Gálatas, Romanos), es decir, no se apoya en los propios méritos por el cumplimiento de una ley establecida, sino acepta un don de Dios, asume, por la participación en la vida del resucitado, un plan revelado en Cristo, y se empeña en su realización. Todo, el evangelio puede resumirse en “justificación por la fe” (Gálatas) porque ésta sola da paso a la salvación. Dentro de estas obras, consideradas como garantía de vida y vía de salvación, caben también las “doctrinas extrañas” y “disputas sobre la ley”. “La ley es buena” pero “no ha sido instituida para el justo, sino para los prevaricadores y rebeldes, para los impíos y pecadores, para los irreligiosos y profanadores, para los parricidas y matricidas, para los asesinos, adúlteros, sodomitas, traficantes de seres humanos, mentirosos y perjuros” (1 Tim 1,8-10). La ley servirá para dar apariencia de “piedad” a aquella nutrida categoría de viciosos que se cita en 2 Tim 3,1-4.

La fe como “doctrina sana” se contrapone a la “filosofía” y a todo tipo de “falacia vacía”: el religiosismo intelectual que especula con sistemas y en la práctica se ata a usos y cultos. La fe, en cambio, descubre el cuerpo *real* de Cristo (Colosenses y Efesios); en la realidad de su persona deposita su confianza y seguridad.

* * *

Pero la fe no sólo no es una mera virtud desencarnada sino que lleva necesariamente a asumir el mundo, la humanidad y la historia para que sean realidad nueva. Por la fe y bajo su impulso esta relación, dentro de un consorcio humano cargado de miseria y hasta de pecado, se hace en el sentido del *amor* cristiano. La fe hace que en un mísero pordiosero y en un vil pecador el cristiano vea a un hermano para quien debe ser Cristo comenzando con un acto de solidaridad; como Jesús que recibió un bautismo de conversión para el perdón de los pecados. Más todavía. La fe me lleva a encontrar a Cristo en toda escoria de miseria y pecaminosidad. De esta actitud práctica de fe he de ser juzgado en el tribunal de Dios (Mt 25,31-46). En este mismo sentido Santiago había abierto por primera vez el tema de los pobres en la comunidad. La fe vive así y traduce en la práctica un cambio operado en la propia persona y en el mundo, pero todavía invisible a los ojos materiales. Todo esto significa que la fe se traduce en *amor* y que entre fe y amor no se puede

[145] establecer una división clara y distinta. Un amor que en su dimensión horizontal se llama *servicio* y en su dimensión vertical *obediencia*. De ahí que el ministerio de Pablo tenga por finalidad “conseguir la obediencia de los gentiles, de palabra y de obra” (Rom 15,18).

Pero la fe cifra también su *esperanza* en el poder absorbente de este cambio y en su manifestación. La situación típica y cristiana del “ya” y del “todavía no” hacen de la fe una *esperanza* confiada y segura. Por esto Abraham, prototipo del creyente, llega a su máxima actitud de fe cuando “espera contra toda esperanza” (Rom 4,8). Por esto también la vida cristiana se desenvuelve con una tónica marcada de *esperanza* en la revelación de los hijos de Dios y en la participación de toda la creación de la gloriosa libertad de los hijos de Dios (Rom 8, 18-27). Tampoco aquí hay una distinción distinta entre fe y *esperanza*: fe es *esperanza* cuando su objeto, ya vivido en el presente, es apreciado en su realización y manifestación últimas

Ahora bien, esta *esperanza* suele revestir la forma de paciencia (Rom 8,25) en medio de las pruebas y tribulaciones, o de *perseverancia*. De aquí se comprende que el necesario condicionamiento presente de contratiempos y sufrimientos haga de la vida cristiana una vida de paciencia y perseverancia: “¡Bienaventurado el que soporta la prueba! Superada la prueba recibirá la corona de la vida que ha prometido Dios a los que le aman” (Sant 1,12). La fe, por lo tanto, se enfrenta con una vida de tentación que culminará en la gran prueba (Santiago, 2 Corintios). En esta situación de una perseverancia incommovible (2 Tim.).

Pero cuando esa fe existe realmente y se vive en profundidad, la atmósfera que se respira cambia: El acontecimiento de la salvación se hace de tal manera experiencia vivida que el cristiano estalla en *acción de gracias* (1 y 2 Tesalonicenses), por esta fuerza del Espíritu, por esta gracia participada del triunfo de Cristo, por la vivencia personal del reinado de Dios. Otra expresión de esta realidad nueva vivida en plenitud es el clima de *alegría* exultante (Filipenses): El ministerio de Pablo tiene por finalidad el progreso y el gozo en la fe (Fil 1,25).

* * *

Resumiendo, la fe es ciencia como conocimiento de Cristo y, en Cristo, del propio destino en la historia. La fe afirma y asegura, ya en un plan concebido por Dios mismo, ya en la fuerza de su Espíritu para llevar a efecto ese plan. La fe se abre paso a través de la historia ordenando por la caridad las nuevas relaciones encontradas en el Hijo de Dios hecho hombre, luchando con paciencia y perseverancia para mantener su realidad nueva como vocación, y abriéndose, por la *esperanza*, a un futuro seguro contemplado de antemano en el que nos precede: Cristo asumido a la derecha de Dios. De esta manera la fe da paso a la salvación para restaurar la paz en una vida de alegría y acción de gracias.